las propiedades constitutivas del fenómeno que ha causado, acompañado y seguido nuestra corrupcion original. ¿Qué era ese jardin de Eden? ¿Qué eran esos rios que lo regaban? ¿Qué eran esos dos árboles, el uno *de la vida*, el otro *de la ciencia del bien y del mal*, que tenian al parecer una doble propiedad física y moral, y á los cuales habia Dios querido atribuir algo de misterioso y relativo á esta doble natulaleza que observamos dentro de nosotros mismos? ¿Qué era esa serpiente que tenia la facultad de hablar, y que se hallaba animada de envidia y perversidad contra el hombre y contra Dios? ¿No era mas que una serpiente? ¿Era en realidad una serpiente? ¿O era mas bien la apariencia, la figura de una serpiente, ó tal vez el nombre alegórico del espíritu del mal, cuyo carácter tortuoso, perdido y rastrero se retrata tan bien en el notable discurso que dirije á la mujer? ¿Cuál era la situacion de esta mujer y del hombre con respecto á Dios, el peso de los beneficios que habian recibido, de los que aun esperaban, las gracias y aucsilios de que se hallaban asistidos, la estension, en una palabra, de su culpa y de su ingratitud para con Dios? Y Dios en fin....¿qué es? ¿Qué es su justicia? ¿Qué es su santidad? ¿Qué es su misericordia? ¡Oh! qué abismos de ignorancia para nosotros ha ocultado el historiador debajo del laconismo de su narracion! ¡Oh! y qué temerarios y qué vanos somos nosotros en querer medir todo esto á la débil luz de nuestra razon, erijiéndonos en jueces de su inverosimilitud! —2. ° Suponed ahora que se nos hayan dado todas estas esplicaciones; y ¿qué temeridad la nuestra de decir que no son suficientes si consideramos que habiendo sido alteradas nuestras relaciones por efecto de aquella caida, nuestra situacion, lo mismo que la de todo cuanto nos rodea, cambió completamente y aun en cierto punto quedó opuesta á lo que era antes, y nos hallamos en fin dotados de otra naturaleza, en un mundo diferente, faltos de todo elemento de analogía, y por consiguiente incapaces de poder juzgar y decir si hechos ocurridos bajo circunstancias y condiciones desemejantes son ó no verosímiles? Todo cuanto pudiéramos decir consultando esclusivamente nuestra razon comun, es que estos hechos no se parecen á los que tenemos costumbre de presenciar (1), y que bajo este sentido *se nos figuran inverosímiles*.

Pero esto es cabalmente lo que acredita su *verdad*, porque es sumamente lógico el que hechos *sobrenaturales* hayan ocurrido en un estado *sobrenatural*, y que por lo mismo para que sean *verdaderos* en este último estado donde ya no nos hallamos, sean *inverosímiles* en el estado *natural* en que nos vemos.—Considerémos el hecho de la longevidad de los hombres antes del diluvio, hecho de que no podemos dudar, segun hemos visto, y que sin embargo, se ha hecho inverosímil por la mudanza que causó aquella catástrofe en nuestra constitucion y en la de nuestra naturaleza. ¡Y con cuánta mas razon ha debido suceder lo mismo en los hechos anteriores á la corrupcion original, á esta catastrofe física y moral que nos cambió completamente con respecto á Dios, con respecto á nosotros mismos y con respecto á la naturaleza entera, sin dejarnos otra huella sino el sentimiento íntimo de que hemos caducado, á la manera que un hombre caido de un alto edificio hubiera perdido el conocimiento y oiria como una noticia inconcebible por boca de los testigos de su desgracia las circunstancias mas inmediatas y mas positivas en que aquella se verificó!

Concluyamos pues que si á primera vista la relacion de Moisés sobre el hecho de la caida del género humano, base del hecho de su rehabilitacion, nos parece inverosímil, no es esto una razon para desecharlo, porque cabalmente su inverosimilitud es una de las condiciones de su verdad, y contribuye á aumentar el peso, ya tan decisivo, de todas las verdades que nos conducen á admitirlo.

IV. Del conjunto de todas estas razones resulta otra, que nos creemos con derecho de invocar despues de las demas; y es que la admirable veracidad de Moisés sobre tantos puntos, y puntos tan ocultos al humano espíritu que hasta despues de seis mil años de observaciones apenas ha podido entreverlos, y el écsito prodigioso de su mision entre los hombres, imprimen en este hombre estraordinario las señales resplandecientes de su inspiracion, y nos le hacen aparecer bajando de la cima de las edades como entonces de la cima de Sínai, radiante con los destellos de Jehová y llevando en su mano un libro escrito con el dedo de la misma *Verdad*. Así es como se anunció á sí mismo, así es como fué recibido por de pronto de toda una nacion, y en seguida por todas las naciones regeneradas en AQUEL que por tanto tiempo habian ESPERADO; así es en fin que en el siglo mas positivo y escéptico, las ciencias que se llaman *ecsactas*, y que nunca han merecido mejor este nombre, acuden á saludarle como á su maestro.—En el punto adonde ha llegado el prodigio que presento, su inspiracion, lejos de ofrecer un obstaculo á la razon, es un consuelo que lo liberta de todas las dificultades que tendria en esplicarlo sin su aucsilio, y es mas facil ver en Moisés un hombre inspirado que un hombre ordinario.

Pero siendo Moisés un hombre inspirado, todo está dicho ya. No se trata de buscar si ha dicho la verdad sobre el hecho de la caida de la humanidad como sobre todos los demás, ni de fundar su veracidad en este punto por simple analogía. La inspiracion se atestigua á sí misma y atestigua sus obras; y siendo evidente que el objeto de la mision de Moisés fué principalmente el de salvar y conservar entre los hombres la verdad religiosa primitivamente revelada hasta que se estendiese por el resto de la tierra que la habia perdido, resulta que sobre el punto central de esta verdad ha debido resplandecer mas vivamente el rayo de su impresion.

Este punto, que se halla elevado á la mayor altura de veracidad de inspiracion en el historiador

(1) Aquí hago grandes concesiones, pues, por ejemplo, nada es mas conforme á lo que solemos esperimentar en nuestro estado social que esa reversibilidad sobre los hijos de las culpas ó méritos de los padres. Se dirá que es una preocupacion: en hora buena; pero es preocupacion que forma la base de toda la sociedad humana, y que por lo mismo ha de ser tan verdadera, como lo es que estamos destinados á vivir en sociedad.

sagrado, es la CAIDA original de la humanidad y la PROMESA de su futura rehabilitacion en AQUEL *que debe descender de la mujer, de la raza de Abraham de la tribu de Judá, cuando ésta vendrá á ser tributaria de un poder estranjero, y que convertirá hácia él todas las naciones.*

Esta PROMESA es la VERDAD.

El cristianismo pues, que la ha heredado, que ha sido el único en llenar punto por punto todas sus condiciones, de tal manara que fuera de él la *promesa* se hace quimérica, y que por él se realiza magníficamente,—el cristianismo, digo, es tambien la VERDAD.

Así es, y esta observacion hallará cien aplicaciones; así es, repito, como la verdadera Religion ofrece sus títulos á sus misterios, y el fundamento de su fé á su oscuridad. Su base es un gran misterio; pero este misterio grande como es, se halla revestido de una autoridad que seria todavia un misterio mayor si no admitiésemos el primero. El crédito de Moisés, si me es lícito espresarme así, se halla al alcance de la creencia que se ecsige de nosotros, y por falta de comparar oportunamente el uno á la otra, y en general de pesar las luces con las oscuridades, la fé encuentra á la razon rehacia en admitir su alianza. Pero esto mismo proviene de la debilidad de nuestra razon y de la molicie de nuestra voluntad, cuya accion y cuya pureza constituyen precisamente el mérito y la virtud de la fé.—"He visto á hombres mas que sospechosos de incredulidad, decia el sabio naturalista Pluche, que se veian muy perplejos y confusos al contemplar la ecsacta correspondencia que de edad en edad se encuentra entre las diferentes relaciones de la Biblia y el estado contemporáneo de la sociedad. *Siempre los he visto mas turbados é inquietos, á proporcion de su mayor saber y rectitud de juicio.*"

Aquí pudiéramos limitar nuestros estudios considerando como demostrada la verdad augusta que es su objeto. Realmente esto bastaria para un sistema humano; porque los sistemas humanos mejor concebidos descansan en un solo órden de ideas artificiosamente encadenadas, de las cuales flaqueando una sola, puede esponer la solidez del edificio. Pero el cristianismo presenta mil caminos para llegar á él, y recoje en su piélago las corrientes de las verdades que á su seno afluyen de todas partes. Da razon de todo, y todo da razon de él: fatiga mas al espíritu humano por las pruebas que propone á su ecsámen que por los sacrificios que ecsije de su fé. No descuidemos estas pruebas, no temamos el trabajo que consigo traen, nosotros que amamos sinceramente la verdad, nosotros que sabemos su precio y que encontramos en su hallazgo el consuelo del alma y el descanso de nuestras tareas.

CAPÍTULO III.

LA NATURALEZA HUMANA.

La ciencia moderna ha llegado al conocimiento de la verdad de Moisés sobre el hecho del diluvio por dos caminos distintos: la naturaleza y la humanidad. Despues de haber abierto las entrañas del globo, ha preguntado á las tradiciones universales, y de la conformidad entre ambas indagaciones ha deducido con M. Cuvier, que la verdad de Moisés sobre el diluvio *es uno de los resultados mejor demostrados y menos previstos de la sana geología, y que las ideas de los pueblos cuya lengua, cuya religion y cuyas leyes nada tienen de comun, no serian unánimes en este punto, si no tuvieran por base la verdad* [1].

Puede hacerse una prueba análoga sobre la parte de la narracion de Moisés que se refiere al fundamento de nuestra religion: á la caida y á la rehabilitacion de la humanidad.

La caida fué para el mundo moral lo que el diluvio para el mundo físico. Penetremos en los senos de este mundo moral, y en él verémos igualmente impresas las huellas del gran cataclismo del mal con los caracteres que describe el sagrado historiador.

Preguntemos en seguida á las tradiciones de los diferentes pueblos, y verémos que, sean cuales fueren las distancias y las costumbres que las separan, se hallan todas sobre el punto de la caida y rehabilitacion del hombre completamente acordes, con una conformidad tan absoluta y decisiva como la que observaba Cuvier, diciendo que *tenian por base la verdad.*

Hay mas aún: otro elemento tenemos de una importancia inmensa, y de que careció la geología al ecsaminar la cuestion de su competencia.—En la parte religiosa de su narracion, Moisés no solo cuenta la historia de lo pasado: cuenta tambien la historia de lo futuro, la historia de todas las naciones, nuestra propia historia, cuando anuncia que un descendiente de la mujer quebrantará la cabeza de la serpiente, y que todos los pueblos de la tierra recibirán la bendicion de aquel que será enviado, de aquel que será la esperanza de todas las naciones.—Por aquí sobre todo podrémos comprobar la narracion de Moisés, y la verémos brillantemente justificada en las circunstancias de la venida y del reinado de Jesucristo, las cuales de rechazo vendrán á ser la prueba del cristianismo, y unidas á él formarán una sola verdad.

La naturaleza humana,—las tradiciones universales,—la aparicion del cristianismo,—¡qué hermosas pruebas! ¿Qué espíritu verdaderamente filosófico no quedara satisfecho con ellas, aun cuando las ciencias ecsactas no nos dijeran ya que Moisés fué hombre inspirado? Estas se han contentado con mucho menos para establecer este principio; y nosotros, que á este principio ya descubierto podemos aun añadir nuevas pruebas tan amplias y tan poderosas, ¿llevariamos aun mas allá nuestras ecsigencias? Si así fuese, ¡desgraciados de nosotros! Más hubiera valido que nunca nos hubiera pasado por la imaginacion el buscar la verdad; porque cuando su luz elevada á un cierto grado de intensidad

[1] Discursos sobre las revoluciones del globo, pp. 145, 220, 280.

no aclara nuestra vista, es que nos deslumbra, es que nos ciega.

Con toda la atencion que debe esta reflecsion inspirarnos, propongo á mis lectores, en primer lugar, que se internen conmigo en el estudio de la *naturaleza humana.*

Muchas veces en mis largos insomnios, decia la Fedra antigua, *he discurrido acerca de las debilidades y vicios de la humanidad:—vemos el bien, y obramos el mal:—conocemos la virtud, y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de diferentes escollos hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa.... Al hacer estas reflecsiones, me creia libre de todo estravío, cuando una pasion culpable ha venido á traspasar mi corazon con un dardo imprevisto* [1].

Esta verdad, así espresada y puesta en accion en el teatro de Atenas por Eurípides, y reproducida con un intervalo de dos mil doscientos años en la escena moderna por Racine, es la mas antigua, la mas constante, la mas universal, y al mismo tiempo la mas inesplicable á la razon entre todas las verdades.

Lo que el poeta griego *en sus largos insomnios* no pudo encontrar, y lo que Racine, alumbrado por una luz superior habia aprendido, es la causa y al mismo tiempo el remedio de esta estraña sujecion de la voluntad del hombre al imperio del mal, y el pensamiento que el poeta francés espresó siguiendo á San Pablo.

Dios mio, ¡guerra cruel!
Dos hombres encuentro en mí:
El uno ardiendo por tí
Su culto te rinde fiel:
El otro indócil, traidor
Rebelde contra su rey
Desprecia tu santa ley,
Y provoca tu furor [2].
.....
En guerra conmigo mismo,
De todo bien incapaz,
¿Dónde encontraré la paz
En tan miserable abismo?
Sujeto á fatal destino
Conmigo mismo peleo,
Huyo del bien que deseo,
Y corro al mal que abomino.
¡Oh Gracia! con tu poder
Líbrame de este enemigo,
Reconcíliame conmigo,
Restitúyeme á mi sér:
Y si hasta ahora contrário
Fuí á tus bondades, convierte
A este esclavo de la muerte
En tu esclavo voluntario.

Profundicemos esta importante verdad, y arrojémonos á los abismos del corazon humano, que es el teatro de ella, para contemplarla allí con nuestros propios ojos.

I. Estamos propensos al mal: este es un hecho evidente. Nuestra voluntad está enferma, y se inclina visiblemente á la violacion de las leyes de nuestra naturaleza moral. Basta que una cosa sea prohibida, es decir, contraria á la razon y á la conciencia, para que desde luego nos atraiga, y nuestra voluntad se incline á ella.—*Nitimur in vetitum.*

Hay aquí seguramente una grande anomalía. Todo sigue su ley en la naturaleza; todo, desde el insecto hasta los astros camina en órden y concurre á la armonía universal que nos revela la inteligencia criadora del universo. El hombre solo camina hácia el desórden, y en sus sociedades presenta un caos tal de horrores y de vicios, que hasta llega á oscurecer la gran verdad de la ecsistencia de un Dios, de suerte que para encontrarla es necesario salir de la humanidad hasta el punto que la obra maestra es precisamante la que acusa al artífice. —Hay aquí, repito, una grande anomalía [1].

Y no se diga que siendo el hombre el *único* sér libre, no es estraño que sea el *único* sujeto al error; —porque desde luego contestaré que no se trata de la *posibilidad* de errar, sino de la *facilidad* de errar, de la perfeccion en favor del error y de la inclinacion hácia el mal.

Para que el hombre estuviese en el órden, y para que este edificio fuese cual ha debido ser por analogía con las demás obras de la creacion, seria preciso por lo menos que su libertad estuviese en equilibrio y se mantuviese como en aplomo consigo mismo. Seria menester mas: esta libertad, como un instrumento bien construido, debió darse al hombre en disposicion á propósito para el bien. ¿De dónde procede que hoy dia la vemos trocada de manera que el mal se haya convertido en el bien que desea? ¿De dónde procede que la misma palabra que espresa la virtud, espresa tambien la violencia hecha á sí mismo, y que los que la practican son honrados como séres sobrehumanos, tal es el aprecio en que se tienen los esfuerzos que debieron hacer para subir por tan escarpada pendiente?

Si naciésemos buenos y nos volviéramos malos por el abuso de nuestra libertad, concebiria yo muy bien que no seria preciso elevarnos mas arriba de esta libertad para esplicar el mal que en nosotros ecsiste. Pero sucede al revés: nacemos malos y nos volvemos buenos á fuerza de cultura, á fuerza de aucsilios. Nacemos en el fondo de un abismo,

[1] Eurípides, tragedia de Hipólito, acto segundo escena 2.
[2] Cada uno de nosotros podria decir como Luis XIV, cuando Racine le leia estos bellos versos: ¡Oh! á estos dos hombres yo los conozco muy bien."

[1] De cuantos séres
Pueblan el aire,
Pisan la tierra,
Surcan los mares,
En punto á necios
No hay quien nos gane.
(Boileau, Sat. VIII.)
Jamás el genio de la sátira acertó á esponer con mas tino y gracia este fenómeno de nuestra naturaleza, que en esta obra maestra del poeta frances. Sin embargo, Boileau no presentó la humanidad mas que bajo un aspecto desfavorable, y el retrato que de ella hizo solo sirve para oponerse á los que se empeñan en ocultar sus deformidades. La verdad ecsige que se tomen tambien en cuenta sus escelencias; y la cuestion está en conciliar las unas con las otras.

y solo ayudados de mil brazos que hácia nosotros se tienden llegamos á levantarnos algun tanto, conservando siempre una fatal propension á la recaida.

Dejemos á Rousseau que diga en sus libros y que contradiga en sus actos que el hombre nace bueno. Hé aquí un testimonio competente y nada sospechoso que echa por tierra esta paradoja: —"En general, dice Broussais, el niño prefiere el mal al bien, porque así satisface mejor su vanidad y encuentra mas emocion.... por esto se le ve tan á menudo recrearse en romper los objetos inanimados.... se deleita en atormentar á los animales *(esta edad no tiene compasion*, habia ya dicho un gran filósofo): saborearia con el mismo gusto el tormento de los individuos de su especie, si no estuviera contenido por el temor (1)."

¿Y qué necesidad tenemos de los testimonios de la ciencia? En este punto ¿no es todo el mundo sabio?—"¿Quién no sabe, dice S. Agustin, la total ignorancia de la verdad que tan manifiesta es en los niños y la multitud de malas pasiones que empiezan á declararse á la salida de la infancia? El hombre viene al mundo de una raiz en que han tomado su principio todos los hijos de Adam, y si se le dejara vivir á su antojo, no habria desórden al que no se lanzase. La ley y la instruccion velan contra estas tinieblas y seducciones en medio de las cuales nacemos. Pero esto no se verifica sin gran trabajo. Pues ¿para qué todas estas amenazas que se hacen á los niños para contenerlos en sus deberes? ¿A qué esos maestros, esnayos, esas palmetas, esos azotes que es necesario usar con un niño á quien se quiere, para que no se haga díscolo é incorregible? ¿Para que son todos estos castigos, sino para vencer la ignorancia y reprimir las malas inclinaciones que son las dos enfermedades que nos aquejan cuando venimos al mundo? ¿De dónde procede que nos cuesta trabajo el acordarnos de una cosa, y que la olvidamos con la mayor facilidad? ¿Por qué nos ha de costar tanta molestia el aprender y ninguna el ignorar? ¿Que sea tan difícil el ser diligente y tan fácil el ser perezoso? ¿No demuestra esto claramente adónde inclina la naturaleza por su propio peso, y qué aucsilios necesita para vencer esta gravitacion (2)?"

Lo que dicen el buen sentido y la esperiencia en boca de S. Agustin y de Broussais del hombre–individuo, puede aplicarse con igual ecsactitud á las sociedades y aun á la humanidad entera. Para convencerse de ello basta abrir los ojos y considerar á qué punto habia llegado el mundo cuando Jesucristo vino á regenerarlo. La humanidad, antes de entrar en la escuela del cristianismo, era como un niño escapado de sus maestros, que habia crecido en la depravacion y en la ignorancia. ¿Qué estado de disolucion y de tinieblas presentaba el paganismo? Ya lo hemos visto: hé aquí adonde tiende y en donde cae la humanidad entregada á sí misma: hé aquí hasta dónde se hubiera abismado todavia si Jesucristo, este divino pedagogo como le llama S. Pablo, no hubiera venido á levantarla y á corregirla por los medios violentos de la cruz y de la penitencia, misterio que se aclara cuando consideramos las cosas desde este elevado punto de vista.

[1] Broussais, *De la irritacion y de la locura*, edicion de 1828, p. 180.
[2] S. Agustin, *Ciudad de Dios.*

Esta es la naturaleza humana: heredámosla con la sangre en las mismas fuentes de la vida, adquiriendo con ella la inclinacion al mal, y recibiendo de nuestros padres lo que ellos mismos recibieron de los que los engendraron.—Subiendo así de generacion en generacion, llegamos hasta el primer hombre, y nos preguntamos si él tambien recibió de su autor inmediato, que es Dios, este apego al mal, esta parálisis para el bien que distingue á toda su raza.—Si nos decidimos por la afirmativa, hacemos poco menos que negar á Dios.—Pues ¿qué es lo que nos hace conocer á ese Dios? La sabiduría, el órden, la belleza que brilla en sus obras, y de la cual él es primer manantial; de donde se sigue que el acusarle de haber hecho al hombre, que es su obra maestra en su estado de desórden y depravacion en que ahora nacemos, es suprimir en la idea de Dios todo lo que la constituye, y en una palabra, negar su ecsistencia.—Pero todo lo demas de la naturaleza nos hace retroceder ante esta consecuencia, y ¿qué queda entonces?—Queda que Dios ha puesto necesariamente en su obra maestra la bondad, la rectitud, la perfeccion y el órden en que se cifra su propia naturaleza, y que ha repartido en diferentes grados entre todos los séres que salieron de sus manos: que el hombre fué criado recto y en el órden que le señalan sus facultades con respecto á Dios, á sí mismo y á toda la naturaleza: que el trastorno de este órden que hoy dia es la causa de que la naturaleza se revele, contra sus sentidos, sus sentidos contra su razon, y su razon contra Dios, es un hecho posterior á su creacion; y como el hombre dotado de libertad fué constituido custodio responsable de su propia perfeccion, este trastorno se le debe imputar, atribuyendo necesariamente la causa de él á una primera mancha que corrompiendo el tronco de su especie, ha infectado todas las ramas, hasta que la corrupcion vino á ser una segunda naturaleza.

II. Lo que acabamos de decir sobre el mal considerado como vicio de la voluntad, podemos aplicarlo al mal considerado como desgracia y sufrimiento; y este segundo aspecto nos ofrece un nuevo argumento de fuerza irresistible.

El hombre nacido de la mujer, vive pocos dias, y estos pocos dias están llenos de toda clase de miserias. Todos los hijos de Adam están uncidos á un pesado yugo: la sola perspectiva de la muerte, que inevitablemente los espera, bastaria para emponzoñar todos los goces de su vida; pero esta se halla ya tan sujeta á los sinsabores y sufrimientos, que esta muerte, tan terrible como es para la naturaleza, se les figura tardía y apetecible, y muchas veces la desean y la llaman. La costumbre, es una verdad, acaba de ordinario por aclimatarnos á la ecsistencia, y las esperanzas que se suceden unas á otras hasta la tumba, tienden á nuestra vista un velo de ilusion que nos oculta el repugnante horror